

Un prefacio al Congreso Mariano Nacional

En movimiento de verdadero fervor católico, los fieles del occidente colombiano, con la Cruz por estandarte y grito de la victoria del cielo, entonaron su oración pública a la Virgen de los Remedios, en marcha triunfal por las calles de Cali. La magnificencia del episcopado, la grandeza del sacerdocio, la virtud de las vírgenes, la imponencia de la autoridad civil, el desborde de los corazones creyentes, profesión estaban haciendo, en los homenajes a la Madre, de seguir a Cristo, como jefe y modelo y única luz posible. Esa ceremonia significa para nosotros que tenemos de la liturgia una conciencia de “actuante forma de vida”, peregrinación, pomposa sí, que hemos de andar continuamente hasta llegar a los santuarios de la eternidad. Hoy, cuando el mundo se sacude y sucumbe en medio al odio, a la soberbia y a la falta de espíritu, sólo voces sobrenaturales pueden hablar a nuestro ánimo. En Dios finca sus esperanzas el universo; en el Evangelio buscan los hombres los remedios al egoísmo y en las verdades católicas hallaremos nuestra salvación.

Y bien está, como vísperas de mayo, su mes consagrado y evocador, que fuera la Reina de cielos y tierra, el objeto y motivo de los alborozos católicos. A Ella las dádivas, a Ella los hosannas, a Ella los ruegos, a Ella los agradecimientos. Y Dios que la hizo “admirable y perfecta y santa” para que fuera su Madre, complacido miraría desde su altura aquellos testimonios.

Luzca, como gloria eminentísima, sobre las sienas de la Virgen de los Remedios de Cali esa corona con que quisieron regalarla sus devotos y que del áureo cetro, símbolo vivo de poderío, irradie para toda nuestra tierra colombiana la alegría de la paz, la caridad perfecta, una fe sincera, arrepentimiento inenarrable y vida nueva para merecer la eterna.

A. D. P.